

Eloídes

Obra dramática dividida en XXVIII escenas

Jerónimo López Mozo

PERSONAJES

ELOÍDES	treinta y tantos años.
SEÑOR SÁNCHEZ	dueño de Sánchez e Hijos, S. L.
LOLA	mujer de Eloídes.
ROMÁN	amigo de Eloídes.
TABERNERO	
UN POLICÍA	con perro.
LUIS DE GÁLVEZ	violinista.
SOR FELISA	
DON ANSELMO	viejo pulcro y de buenos modales.
RUFINO	mendigo.
UN NEGRO	
FELIPE	vagabundo.
UN MARROQUÍ	UN DEVOTO
CURA	UNA BEATA
DEPENDIENTE	de una tienda de instrumentos musicales.
CLIENTE	de la tienda de instrumentos musicales.
UN GOLFO	
RENCO	comprador de entradas para la reventa.
EL CEJAS	jefe de la reventa.
GUARDAESPALDAS DE EL CEJAS	
UN CAMARERO	PROSTITUTA

COMISARIO	OTRO POLICÍA
JUEZ	ABOGADO DE OFICIO
ESTRELLA	un recluso.
EL CANILES	otro recluso.

Mendigos, viajeros en una estación de ferrocarril.

Escena I

Almacén de bebidas SÁNCHEZ E HIJOS, S. L. Cajas de plástico apiladas llenas de botellas de refrescos. ELOÍDES las traslada de una en una, a una carretilla metálica. El actual SEÑOR SÁNCHEZ le llama desde la puerta del despacho.

SEÑOR SÁNCHEZ.- Eloídes.

ELOÍDES.- Sí.

SEÑOR SÁNCHEZ.- Siga, siga. Sólo es para decirle que mi chaval ha sacado el carnet.

ELOÍDES.- ¿No lo tenía ya?

SEÑOR SÁNCHEZ.- El de segunda. Ahora tiene el de primera...

ELOÍDES.- Enhorabuena.

SEÑOR SÁNCHEZ.- Desde mañana conducirá el camión.

ELOÍDES.- ¿Hará él el reparto?

SEÑOR SÁNCHEZ.- Claro.

ELOÍDES.- ¿Y yo?

SEÑOR SÁNCHEZ.- Tendrás que buscar faena en otro sitio.

ELOÍDES.- ¡Vaya putada!

SEÑOR SÁNCHEZ.- ¿Acaso te he tratado mal el tiempo que has estado en la casa?

ELOÍDES.- Yo también he cumplido. ¿Tiene alguna queja?

SEÑOR SÁNCHEZ.- No, claro que no. Estamos en paz.

ELOÍDES.- Pero a mí me pone en la calle.

SEÑOR SÁNCHEZ.- Gajes del oficio.

ELOÍDES.- He cuidado el camión como si fuera mío.

SEÑOR SÁNCHEZ.- Era tu obligación.

ELOÍDES.- Así, pues, ¿no hay nada que hacer?

SEÑOR SÁNCHEZ.- No querrás que habiendo un chófer en la familia el trabajo lo haga uno de fuera.

ELOÍDES.- Su padre, que en paz descanse, no me hubiera dado este trato.

SEÑOR SÁNCHEZ.- Mi padre se pasaba de bueno. No te quedes ahí parado. El jornal de hoy tienes que ganártelo todavía. Cuando acabes te pasas por aquí, a firmar unos papeles.

ELOÍDES.- ¿Qué papeles?

SEÑOR SÁNCHEZ.- Unos impresos.

ELOÍDES.- ¿Tengo que firmarlos?

SEÑOR SÁNCHEZ.- Tú los firmas y yo te pago.

ELOÍDES.- ¿La indemnización?

SEÑOR SÁNCHEZ.- Esas son cosas de las grandes empresas. Los pequeños negocios no dan para tanto.

ELOÍDES.- ¿Y si no estuviera conforme con la cuenta?

SEÑOR SÁNCHEZ.- Reclamas al sunsuncorda.

ELOÍDES.- Al sunsun... ¿qué?

(El SEÑOR SÁNCHEZ se mete en el despacho. ELOÍDES permanece pensativo largo rato. Al cabo, sorprendido de no haberlo hecho antes, deja caer al suelo la caja que tiene entre las manos. El patrón, atraído por el ruido, se asoma.)

SEÑOR SÁNCHEZ.- ¿Qué ha sido eso?

ELOÍDES.- Ya lo ve, las cocacolas.

SEÑOR SÁNCHEZ.- ¿Se te han caído?

ELOÍDES.- Las he tirado.

SEÑOR SÁNCHEZ.- ¿A mala leche? Te voy a descontar lo que valen.

(Insensible a la amenaza, ELOÍDES agarra una barra de hierro y sale.)

¿A dónde vas con eso? (Un estruendo de cristales rotos es la respuesta.) ¡El camión! ¡Eloídes! ¡Para ya, hijo de puta!

Escena II

Casa de ELOÍDES. LOLA, su mujer, friega unos platos. Suena el timbre. Se seca las manos en la falda y abre. El recién llegado es ELOÍDES.

LOLA.- ¿Tú?

ELOÍDES.- Ya lo ves.

LOLA.- No te esperaba.

ELOÍDES.- Estoy en libertad provisional.

LOLA.- ¿Eso qué quiere decir?

ELOÍDES.- Que a lo mejor tengo que volver a la cárcel.

LOLA.- ¿Cuándo?

ELOÍDES.- Cuando salga el juicio.

LOLA.- ¿Tardará mucho?

ELOÍDES.- El abogado dice que puede ser dentro de un mes o de un año.

LOLA.- ¿Y mientras tanto?

ELOÍDES.- Hay que esperar.

LOLA.- ¿En qué pensabas cuando quemaste el camión?

ELOÍDES.- Fue un arrebato. Todos tenemos arrebatos.

(LOLA hace un gesto despectivo.)

Tú hubieras hecho lo mismo.

LOLA.- Yo no. Yo pienso las cosas dos veces antes de hacerlas.

ELOÍDES.- Sólo se quemó la cabina. El asunto no estaría tan enredado si el imbécil no se hubiera empeñado en apagar el fuego.

LOLA.- Han hecho mal en soltarte.

ELOÍDES.- Bromeas.

LOLA.- Hablo en serio.

ELOÍDES.- Allí no podía ocuparme de vosotros.

LOLA.- ¿Aquí sí?

ELOÍDES.- ¡Saldremos adelante!

LOLA.- ¿Ya has pensado cómo?

ELOÍDES.- No voy a quedarme cruzado de brazos. Soy un hombre trabajador.

LOLA.- Vuelve cuando tengas ocupación, Eloídes.

ELOÍDES.- ¿Me estás diciendo que me largue?

LOLA.- Eso mismo.

ELOÍDES.- ¡¿Por qué?! ¡¿Por qué?!

LOLA.- ¿Cuántas bocas crees que puedo alimentar fregando suelos?

ELOÍDES.- ¡Fregando suelos! ¿Tú?

LOLA.- De eso vivimos desde que hiciste lo que hiciste.

(**ELOÍDES retrocede hasta la puerta. La abre.**)

ELOÍDES.- Los chicos me echarán de menos.

LOLA.- Ya se han hecho a la idea de no verte en mucho tiempo.

(**ELOÍDES sale y cierra la puerta suavemente.**)

Escena III

Taberna de barrio. El DUEÑO, apoyado en la barra, lee un periódico con las hojas bien sobadas. ELOÍDES y su amigo ROMÁN conversan ante un par de cervezas. Suena el reclamo musical de una máquina tragaperras.

ROMÁN.- Así que vives otra vez en casa de tus padres.

ELOÍDES.- Sólo hasta que encuentre algo y pueda pagar una pensión.

ROMÁN.- Hace tiempo que no los veo. Aún estabas soltero.

ELOÍDES.- Ya son muy mayores. Los años no pasan en balde.

ROMÁN.- Y ahora esta historia.

ELOÍDES.- Están ignorantes.

ROMÁN.- O disimulan. ¿No te preguntan por qué has vuelto con ellos?

ELOÍDES.- Di una explicación antes de que la pidieran. Dije que teníamos huéspedes, unos parientes de Lola, que nos faltaba sitio para dormir...

ROMÁN.- ¿Se lo han creído?

ELOÍDES.- Sí, Sí...

ROMÁN.- ¿Qué les dirás dentro de un mes?

ELOÍDES.- Para entonces, tal vez...

ROMÁN.- Supón que no consigues trabajo.

ELOÍDES.- ¿Qué les dirías tú?

ROMÁN.- No lo sé. Pero no se puede estar mintiendo toda la vida.

ELOÍDES.- De acuerdo, de acuerdo, pero, ponte en mi lugar...

ROMÁN.- Es difícil. ¿No te parece? Yo no he intentado quemar vivo a mi patrón.

ELOÍDES.- ¡Que no, Román, que no! Él lo va contando para perjudicarme.

ROMÁN.- Tiene quemaduras.

ELOÍDES.- ¡En las manos nada más! ¡Y eso por usarlas de apagavelas!

ROMÁN.- Si no tienes padrinos que te saquen del aprieto pueden meterte en el trullo una buena temporada.

ELOÍDES.- Aconséjame.

ROMÁN.- Si estuviera en tu pellejo me esfumaría antes de que saliera el juicio.

ELOÍDES.- Me buscarían.

ROMÁN.- ¡A Madrid, Eloídes!

ELOÍDES.- ¿Madrid? ¿Por qué Madrid?

ROMÁN.- Es grande. Uno se pierde entre tanta gente. Allí nadie conoce a nadie.

ELOÍDES.- Me da miedo.

ROMÁN.- ¡Échale cojones!

ELOÍDES.- Lola...

ROMÁN.- ¿Qué?

ELOÍDES.- Mis padres...

ROMÁN.- Les quitas un peso de encima.

ELOÍDES.- Por ellos sí que lo haría.

(ROMÁN saca del bolsillo algunos billetes. Pone dos en la mano de ELOÍDES.)

¿Esto?

ROMÁN.- Lo justo para que levantes el vuelo.

ELOÍDES.- Eres un amigo, Román. Si me echo atrás te lo devuelvo.

ROMÁN.- Me voy antes de que te arrepientas. (Al DUEÑO de la taberna.) ¿Qué se debe?

ELOÍDES.- (Poniendo uno de los billetes que ha recibido sobre la mesa.) Invito yo.

Escena IV

Andén de la estación de ferrocarril, a media noche.
ROMÁN busca a ELOÍDES entre los viajeros que suben al expreso que acaba de llegar. Hace un gesto de desaliento al ver que se acerca la hora de la partida y el amigo no está. Cuando casi ha perdido la esperanza, éste aparece corriendo con una mochila al hombro por todo equipaje.

ELOÍDES.- ¡Román! ¿A qué has venido?

ROMÁN.- A decirte adiós. Te has decidido. Me alegro.

ELOÍDES.- Me voy y sea lo que Dios quiera.

ALTAVOZ.- Tren expreso procedente de Sevilla y Cádiz con destino a Madrid Chamartín estacionado en vía primera andén primero, va a efectuar su salida.

ROMÁN.- ¡Suerte!

(Se funden en un abrazo.)

ELOÍDES.- No me irá peor que aquí. Y si me va peor, a joderse toca. Tú tranquilo, que no te echaré la culpa.

ROMÁN.- Anda, sube. No vayas a perder el tren.

(ELOÍDES pone un pie en el estribo, pero la visión de alguien que está en la plataforma le hace retroceder al andén. Volviéndose rápidamente de espaldas, agita en el aire sus dos puños con los índices y meñiques extendidos.)

ELOÍDES.- ¡Lagarto, lagarto, lagarto!

ROMÁN.- ¿Qué haces?

ELOÍDES.- Me rajo.

ROMÁN.- ¡Se va el tren!

ELOÍDES.- Que se vaya.

(Un largo silbido anuncia la salida. ELOÍDES cierra los ojos y no los abre hasta que el expreso ha dejado atrás la estación.)

En ese vagón iba el contable del señor Sánchez. Una mala persona.

ROMÁN.- ¿Y qué?

ELOÍDES.- Cuando salga el juicio y yo no me presente dirá que me busquen en Madrid.

ROMÁN.- (**Nervioso y disgustado.**) Eres un cagado. Se te encoge el ombligo con cualquier cosa.

ELOÍDES.- El tipo ese es un bicho.

ROMÁN.- ¿Qué vas a contar esta vez a tus padres?

ELOÍDES.- (**Enojado consigo mismo.**) ¡Mierda! (**Guarda silencio. Piensa.**) Tengo mi casa. ¡Iré a mi casa!

ROMÁN.- ¡Es la casa de Lola!

ELOÍDES.- De ella también.

ROMÁN.- Lola no quiere saber nada de ti. (**Tras una pausa, a modo de aclaración.**) Eso me dijiste que te dijo.

ELOÍDES.- ¿Qué te pasa? Te veo muy nervioso.

ROMÁN.- Me preocupas.

ELOÍDES.- (**Tragando saliva.**) No seas tonto. (**Desde el borde del andén dirige la mirada hacia el lugar por el que ha desaparecido el tren.**) ¿Queda lejos Madrid?

ROMÁN.- A cuatrocientos kilómetros, kilómetro más, kilómetro menos.

ELOÍDES.- ¿A qué espero? La noche es buena. Mira qué cielo, sin nubes, lleno de estrellas... (**ELOÍDES echa a andar vía adelante. Apenas ha dado algunos pasos se vuelve.**) ¿Te ocuparás también de mis hijos?

ROMÁN.- ¿De qué hablas, eh, de qué?

Escena V

Tres noches después. Vía muy larga y recta en plena llanura manchega. ELOÍDES camina por ella. Al fondo, donde los raíles se juntan, aparece una luz diminuta, apenas un punto. ELOÍDES se detiene y contempla cómo crece lentamente. Siente el deseo de aguardarla en aquel lugar. Arroja la mochila a un lado y echa la cabeza atrás al tiempo que se abre de piernas y extiende los brazos hacia arriba. Cuando el ojo de la locomotora es grande como una luna llena y el suelo tiembla bajo sus pies, ELOÍDES grita.

ELOÍDES.- ¡Juro que soy un hombre bueno! ¡Sánchez, mamonazo, usted tiene la culpa de todo lo malo que me pasa! ¡No te escondas, Lola sucia, perra! ¡Mírame en medio de la vía, tieso como un árbol! ¡Me siento como un idiota! ¡Deja de sobarla, Román! ¡Tú me has puesto en esta vereda! ¡Bien sabías lo que hacías, buitres! ¿Oís como yo el tren que se acerca? ¡Ya me alcanza! ¡Esto se acaba!

(El gigantesco y cegador disco de luz estalla. Sigue durante unos segundos el estruendo producido por el paso del tren. Al cabo, cuando tornan el silencio y la obscuridad, ELOÍDES, acurrucado junto a un montón de tierra, contempla su entorno como si acabara de nacer. Se levanta con esfuerzo. Está bañado en sudor. Busca la mochila y se la echa a la espalda.)

(ELOÍDES desorientado.) ¿Madrid? **(Duda.)** Por allí. Eso es, por allí. **(Camina cojeando ligeramente. Unos pasos más allá se detiene.)** Claro que soy un hombre bueno. Cuando regrese de Madrid, al señor Sánchez le compro un camión nuevo. A Román le devuelvo su dinero y él deja en paz a Lola... Los chicos creerán que he resucitado. Y vaya si he resucitado. Pero lo primero de todo será ver a los viejos.

Escena VI

Andén de la antigua estación de Atocha, en Madrid, de madrugada. Un POLICÍA acompañado de un perro que lleva el hocico a ras del suelo le recorre. La luz de una linterna le ilumina el camino. El animal gruñe y tira con fuerza de la correa hacia un rincón. El haz luminoso envuelve a un hombre que duerme acurrucado bajo algunos cartones. Se trata de ELOÍDES, que se pone bruscamente de pie. Su aspecto es, por fuerza, desaliñado.

POLICÍA.- Tranquilo, colega.

ELOÍDES.- ¿Cómo puedo estar tranquilo con esa fiera enfrente?

POLICÍA.- Hablaba con el perro. ¿Has dormido aquí?

ELOÍDES.- Sí.

POLICÍA.- ¿No has visto los carteles que prohíben el paso?

ELOÍDES.- No.

POLICÍA.- ¿Por dónde has entrado?

ELOÍDES.- (Señalando al final del entramado metálico de la gran marquesina.) Por ahí.

POLICÍA.- Enséñame el deeneí.

(ELOÍDES saca del bolsillo trasero del pantalón el documento de identidad. El POLICÍA lo mira por ambos lados.)

¿Las señas son correctas?

ELOÍDES.- He vivido en esa dirección.

POLICÍA.- ¿Y ahora?

ELOÍDES.- Todavía en ninguna parte.

POLICÍA.- (Devolviendo el carné.) ¿Te pinchas?

ELOÍDES.- (Muestra los brazos.) No, señor.

POLICÍA.- ¿Es tuya la mochila?

(ELOÍDES asiente.)

¿Qué llevas dentro?

(ELOÍDES la abre.)

Hacen falta guantes para meter las manos en este orinal. Vacíala en el suelo.

(ELOÍDES duda, tuerce el gesto y al cabo obedece.)

Recoge tus cosas y lárgate. **(Al perro.)** Andando, colega. **(Antes de salir por el otro extremo del andén.)** En Madrid no atamos a los perros con longaniza. Os conozco en cuanto os veo: carne de presidio. Para la gente como tú esto es el infierno. Márchate enseguida. No quiero verte aquí cuando acabe la ronda. ¿Entendido?

(El POLICÍA continúa el recorrido. ELOÍDES respira hondo. Se limpia el sudor que le empapa la frente y luego, cuando la primera luz de la mañana atraviesa las cristaleras, devuelve sus cosas a la mochila. Un hombre con un estuche de violín asoma por una de las puertas que dan al andén y le observa en silencio. Viste un elegante traje pasado de moda y con los brillos que da el uso prolongado. La corbata, de lazo, desplazada de su sitio, deja ver el cuello de la camisa desabrochado. De uno de los bolsillos de la americana asoma una botella. Ignorando su presencia, ELOÍDES se arrima a una pared y se desabrocha la bragueta.)

LUIS.- (LUIS DE GÁLVEZ es, como él mismo dirá más adelante, su nombre completo.) Mear contra la pared está prohibido.

(ELOÍDES se vuelve bruscamente.)

Los urinarios están al final del andén.

ELOÍDES.- No lo sabía.

LUIS.- Pero no se los recomiendo. Dan asco. Huelen a meados rancios. Hay mierda por todas partes. Y están sembrados de jeringuillas. ¿Por dónde se ha ido el policía?

ELOÍDES.- Por aquella puerta.

LUIS.- Antes de un cuarto de hora está de vuelta. **(Cierra la puerta con llave y se dirige a la salida.)**

ELOÍDES.- ¿Por qué sabe que volverá tan pronto?

LUIS.- ¿El policía? Tengo controlados sus pasos y los ladridos del perro.

(LUIS DE GÁLVEZ desaparece por el vestíbulo. ELOÍDES aguarda a que se aleje, regresa junto a la pared, mea, se echa la mochila al hombro y sale por el mismo sitio.)

Escena VII

Media tarde. ELOÍDES hace llamadas telefónicas desde una cabina. En el pupitre tiene un periódico abierto por la página de anuncios por palabras. A los pies, la mochila.

ELOÍDES.- ¿Es el seis trece once setenta?... Llamo por lo del anuncio... De electrónica nada... Perdón y gracias. **(Busca otro reclamo y marca.)** He leído que necesitan un guarda... ¿Ocupada? ¿Tan pronto?...

Usted disculpe. **(Repite la operación.)** Llamaba... Sí, claro que sí... Ese era, más o menos, mi trabajo. Repartidor de cocacolas o de bombonas de butano ¿qué más da? Puede interesarme. Mejor, me interesa... Treinta y cinco años... No, no estoy en el paro... Verá, es largo de explicar. Si quiere me paso por su oficina... Claro... Comprendo... Por lo del paro... **(Cuelga. Recorre con el dedo la columna del periódico. Elige otro anuncio.)** ¿Es el cinco tres uno cero cero dos uno?... Piden ustedes técnicos. ¿Técnicos de qué? Porque yo, según en qué cosas, tengo alguna experiencia. Por ejemplo, si se trata de... Sí, le escucho... Formación a cargo de la empresa. Mejor, mucho mejor... Sin problemas. ¿Cómo dice?... Eso no. No tengo vehículo propio... Una herramienta imprescindible, el coche... Hoy en día, sí... Oiga, ¡oiga! **(Le han colgado.)** ¡Mierda! **(Sigue un nuevo intento.)** Disculpe. No sé si he llamado antes. He marcado tantos números... ¿Es ahí donde buscan un camarero con experiencia o es la empresa de máquinas recreativas...? ¿Qué dice que necesitan?... No le he entendido bien... Si hace el favor de repetirlo... ¿Captadores profesionales? ¿Ha dicho captadores profesionales?... ¡No sé qué es eso!

**(Cuelga. Hace trizas el periódico. LUIS DE GÁLVEZ
acierta a pasar por delante de la cabina. Reconoce a
ELOÍDES.)**

LUIS.- ¿Usted otra vez?

ELOÍDES.- Hacía unas llamadas.

LUIS.- Si vuelve a la estación le aguardo.

ELOÍDES.- No es prudente ir. El policía me advirtió...

LUIS.- ¿Le tiene miedo?

ELOÍDES.- ¿Usted, no?

LUIS.- Para él no existo. Vivo en la estación de tapadillo. Las ratas me han alquilado el salón de autoridades por tiempo indefinido. **(Sacando la botella del bolsillo.)** ¿Un trago?

(ELOÍDES acepta.)

Vino a granel. Sabe como el otro y es más barato. ¿Dónde piensa dormir?

ELOÍDES.- En cualquier sitio.

LUIS.- Acompáñeme. Por esta noche le doy cobijo.

ELOÍDES.- ¿De verdad, no le molesta?

LUIS.- Donde estoy cabe un regimiento. **(Tendiéndole la mano.)** Me llamo Luis de Gálvez. **(Señalando el estuche.)** Soy violinista.

Escena VIII

Salón de autoridades de la vieja estación de Atocha. Sobre las paredes tapizadas, entre mutilados apliques de cristal, hay abundantes carteles amarillentos que anuncian pasados conciertos y recitales. En un rincón, un camastro.

A los pies, un par de maletas. Por todas partes, en completo desorden, partituras y botellas vacías. A la luz de una lámpara alimentada con gas butano, LUIS DE GÁLVEZ interpreta con el violín «El otoño» de «Las cuatro estaciones», de Vivaldi. ELOÍDES, sentado en un cajón que hace las veces de mesa y de silla, escucha.

LUIS.- **(Dejando de tocar.)** ¿Le gusta?

ELOÍDES.- No lo sé.

LUIS.- ¿Entiende algo de música?

ELOÍDES.- De esta, no.

LUIS.- De todas maneras, ¿le parece que lo hago mal?

ELOÍDES.- ¡Nada de eso!

LUIS.- Pues mire por donde aquel tipo no pensaba lo mismo. «Está usted acabado, Luis de Gálvez», decía delante de los demás profesores, señalándome con la batuta. Y todo porque me habían visto un par de veces, ¡un par de veces!, caminar inseguro por haber tomado unas copas a destiempo. «De modo que tendré que prescindir de usted antes de que finalice su contrato». «No, señor, yo le demostraré que soy el primer violín de la orquesta». «Usted no va a demostrar nada». Y yo me dije para mis adentros: éste no me conoce, éste no sabe quién soy yo. De manera que callé y aguardé al día del estreno. Al concluir el concierto, cuando el último estallido de la orquesta no se había apagado, a punto de iniciarse los aplausos, me puse en pie y mi violín sonó solemne, lentamente al principio, imitando el canto de la tórtola. Y luego las notas llegaron en rápida sucesión como cascada impetuosa. Fue la mejor interpretación de mi vida. La última en aquel templo de la música. Antes de que mis colegas salieran de su asombro, abandoné el escenario, escapé... Me prometí no enterrar nunca más el sonido de mi violín en la marea de una orquesta. Hice las maletas, vine a la estación dispuesto a viajar cuanto más lejos mejor. Nadie me dijo que la habían cerrado para siempre. Tampoco advertí que estaba desierta, sin trenes, ni viajeros. Me dormí, no sé cómo, en un banco. El caso es que pasé la noche ahí fuera, en el andén. Siguiéron más noches. Poco después di con este salón. Me quedé. Hasta hoy.

ELOÍDES.- ¿De qué vive?

LUIS.- Toco en los pasillos del metro, en la calle... La gente es generosa.

ELOÍDES.- Es como pedir limosna.

LUIS.- No, no. Alguien que hace lo que yo, no está pidiendo limosna.

ELOÍDES.- ¿Es difícil tocarlo?

LUIS.- Lo hago desde niño.

ELOÍDES.- Si no tuviera el violín...

LUIS.- ¡Dios! Sin él no sería nadie. **(Tras una breve pausa.)**
¿Hace otro trago?

ELOÍDES.- Es tarde.

LUIS.- Otro trago y a dormir.

ELOÍDES.- El último.

(LUIS bebe. Cuando acaba, pasa la botella a ELOÍDES.)

Escena IX

Frente a la puerta de un comedor de caridad. ELOÍDES observa a los que entran y salen. SOR FELISA se le acerca.

SOR FELISA.- ¿No entra?

ELOÍDES.- (Incómodo.) ¿Yo? ¿Por qué?

SOR FELISA.- Hace días que le veo por aquí.

ELOÍDES.- Paso con frecuencia.

SOR FELISA.- ¿Ha comido?

ELOÍDES.- Aún no.

SOR FELISA.- El segundo turno va a empezar.

ELOÍDES.- ¿Ahora?

SOR FELISA.- A las dos. Son menos cinco.

(ELOÍDES guarda silencio.)

¿No le estaré molestando?

ELOÍDES.- No, señora.

SOR FELISA.- Puede llamarme sor Felisa.

ELOÍDES.- Así que hay dos turnos...

SOR FELISA.- El primero a la una.

ELOÍDES.- A la una y luego a las dos.

SOR FELISA.- Eso es.

ELOÍDES.- No sé por qué se lo pregunto. Lo que yo necesito es encontrar trabajo.

SOR FELISA.- Y comer. Hace falta comer, hombre de Dios. Aquí se come caliente todos los días. Y servimos vino.

ELOÍDES.- ¿Vino también?

SOR FELISA.- Un vasito. Más vale un vasito aquí que una borrachera fuera. ¿Se decide?

ELOÍDES.- Porque insiste. Pero ojo, hermana, si me obligan a rezar el Padrenuestro o el Avemaría, no vuelvo. Yo soy católico sin horario. Tengo mis propias reglas.

Escena X

Comedor de caridad. ELOÍDES comparte mesa con un NEGRO, callado, que sonríe cuando le miran, con DON ANSELMO, viejo pulcro y de buenos modales que limpia los cubiertos con la servilleta antes de usarlos, y con un mendigo llamado RUFINO que empapa grandes pedazos de pan en la sopa que acaba de servirles SOR FELISA y los engulle con ansia.

DON ANSELMO.- Sabe a gloria.

RUFINO.- Está hecha con huesos de cristianos.

DON ANSELMO.- Calle, bárbaro.

RUFINO.- Faltan de la capilla las tibias de cuatro relicarios.

DON ANSELMO.- Las habrá robado algún desaprensivo.

RUFINO.- Una cocinera en apuros, monja para más señas. ¿No me cree? (A ELOÍDES.) ¿Y tú?

ELOÍDES.- ¿Qué tengo que creer?

RUFINO.- Lo de los relicarios.

ELOÍDES.- ¿Qué de los relicarios?

RUFINO.- ¡Vete al carajo! ¿Para quién coño hablo? ¿Para el negro, que no entiende?

NEGRO.- Yo entiendo.

RUFINO.- Tú te callas. Cuando quieras hablar pides la venia.

NEGRO.- Todos podemos hablar.

RUFINO.- ¡Chitón!

DON ANSELMO.- Déjele. Tiene derecho.

RUFINO.- Cuando se bautice.

NEGRO.- Me llamo Mamadou Ngema.

RUFINO.- Demuéstralo.

NEGRO.- Perdí los papeles.

RUFINO.- Mentira. Lo que pasa es que no tienes nombre.

ELOÍDES.- (Al NEGRO.) No le hagas caso.

RUFINO.- ¿Por qué tengo que creerme que se llama como dice?

ELOÍDES.- ¡Ya está bien de pedir papeles! Todo el mundo pide papeles. Aquí, sin papeles, nadie da un paso. ¡Te joden con los papeles!

RUFINO.- ¿Vas a ponerte de parte del negro?

ELOÍDES.- ¿Y qué si me pongo?

RUFINO.- Es sólo por llevarme la contraria. Mañana me cambio de mesa.

ELOÍDES.- Mejor. Así no tendremos que oír tus bufonadas.

DON ANSELMO.- Señores, tengamos la fiesta en paz. ¿Hoy tampoco hubo suerte, Eloídes?

ELOÍDES.- No. Y van tres meses. Esto no puede continuar, don Anselmo. O encuentro trabajo o reviento.

RUFINO.- Si uno pudiera hablar libremente diría que no hay mejor industria que la de poner la mano y coger lo que caiga.

ELOÍDES.- Yo no soy mendigo.

RUFINO.- ¡Ah! ¿No?

ELOÍDES.- Se llega a mendigo cuando no se piensa en el futuro, cuando se deja de tener proyectos.

RUFINO.- **(Echando sobre la mesa un puñado de monedas que saca del bolsillo.)** ¿De qué hablas, muerto de hambre? Mientras pensabas en tu futuro, yo he reunido esto. Enséñanos los bolsillos. ¿Cuánto tienes?

ELOÍDES.- No se es mendigo por no tener dinero.

RUFINO.- ¿Qué se es, pues?

ELOÍDES.- No voy a pedir limosna. Las limosnas sólo sirven para ir tirando.

RUFINO.- ¿No es limosna el calentatripas que nos dan las monjas?

DON ANSELMO.- **(Ofendido.)** No todos los que frecuentamos el comedor somos pedigüños.

RUFINO.- Usted curró para que le quedara una pensión de mierda. Come la sopa boba como estos y como yo, y le visten en la parroquia.

DON ANSELMO.- Le gusta mortificar, Rufino.

ELOÍDES.- Que hable, don Anselmo. En lo que me toca, tiene razón. De los que estaban cuando llegué apenas quedan cinco o seis. A este paso, pronto seré el más veterano. ¡Que no, abuelo, que no! ¡Que no aguanto más!

RUFINO.- **(En tono de burla.)** Bla, bla, bla, bla...

ELOÍDES.- No me crees, ¿eh? **(Levantándose.)** Pues mira lo que hago.

(El NEGRO, con un movimiento rápido, salta lejos de la mesa poniendo a salvo su plato antes de que ELOÍDES la alce con ambas manos y la vuelque sobre RUFINO.)

Escena XI

Temprano. Una fuente en un parque público. ELOÍDES se lava la cara y las axilas. En el respaldo de un banco próximo hay puestos a secar la camisa, un par de calcetines y un pañuelo. El resto de la ropa está doblada sobre la mochila. Cerca, un vagabundo llamado FELIPE se afana por acoplar en un desvencijado carro de supermercado un saco de dormir y sus numerosas e inútiles pertenencias recogidas en bolsas de grandes almacenes. ELOÍDES se pone los calcetines limpios y se calza tras quitar el polvo a los zapatos y tratar de sacarles algún brillo. Luego de vestirse torna a la fuente, se moja el pelo y se peina. Guarda el pañuelo, bien plegado, en el bolsillo y para concluir se limpia las uñas con la punta de una navaja.

FELIPE.- ¿El señor va de convite?

ELOÍDES.- A uno le gusta ir curioso. Si tuviera dinero iría a la casa de baños. Un día tengo que darme ese gustazo.

FELIPE.- Aunque la mona se vista de seda...

ELOÍDES.- Dijo el marrano.

(FELIPE se asegura de que la carga queda firme.)

FELIPE.- Empieza a refrescar. Pronto habrá que buscar un sitio abrigado para pasar las noches. Lo mejor, un coche abandonado. Si no hay coche, una boca del metro. ¿Te vienes?

ELOÍDES.- ¿Adónde?

FELIPE.- Aquí. Allá... ¿Qué más da?

ELOÍDES.- Acabarás en la plaza del Progreso.

FELIPE.- Allí se pasa bien. Jugamos a las cartas, nos hacemos trampas y arreglamos el mundo.

ELOÍDES.- Yo estoy en otros negocios.

FELIPE.- Ganas de perder el tiempo.

ELOÍDES.- Alguno sacaré adelante.

FELIPE.- ¡Quia! Cuando las cosas se tuercen, no hay quien las enderece.

ELOÍDES.- ¿Lo dices por ti?

FELIPE.- Mi abuelo fue alcalde y mi padre tuvo una vaquería de postín. En cuanto a mí, Felipe Aguado Gómez, estoy bautizado en San Ginés, fui cocinero en Francia y aquí regenté un bar. Tuve mala suerte. Ya me ves: catorce años de vagabundo. La pobreza, colega, es un pozo del que no se sale. ¡Con Dios!

(FELIPE se aleja con paso lento empujando el carro.
ELOÍDES le sigue con la mirada. Siente un escalofrío.
Instintivamente se frota los brazos.)

Escena XII

Una escena que se repite: la de la cabina telefónica.
ELOÍDES saca del bolsillo una página de un periódico. Es la de anuncios por palabras. La extiende y repasa con desgana las columnas de ofertas de trabajo. Elige una, se diría que al azar. Pone monedas en el teléfono y teclea un número.

ELOÍDES.- ¿Es el cinco doce cero seis quince?... Llamo por lo del anuncio... De electrónica nada... Perdón y gracias. **(Busca otro reclamo y marca.)** He leído que necesitan un guarda... ¿Ocupada? ¿Tan pronto?... Usted disculpe. **(Repite la operación.)** Llamaba... Sí, claro que sí... Ese era, más o menos, mi trabajo. Repartidor de cocacolas o de bombonas de butano ¿qué más da? Puede interesarme. Mejor dicho, me interesa... Treinta y cuatro años... No, no estoy en el paro... Verá, es largo de explicar. Si quiere me paso por su oficina... Claro... Comprendo... Por lo del paro... **(Cuelga. Recorre con el dedo la página del periódico. Elige otro anuncio.)** ¿Es el seis once treinta sesenta y cuatro?... Piden ustedes técnicos. ¿Técnicos de qué?

Porque yo, según en qué cosas, tengo alguna experiencia. Por ejemplo, si se trata de... Sí, le escucho... Formación a cargo de la empresa. Mejor, mucho mejor... Sin problemas... ¿Cómo dice?... Eso no. No tengo vehículo propio... Una herramienta imprescindible, el coche... Hoy en día, sí... veré de hacerme con uno. Puede que lo consiga... Conservo su teléfono. Quién sabe. **(Sigue un nuevo intento.)** Disculpe. ¿Es ahí donde buscan un camarero con experiencia o es la empresa de máquinas recreativas...? No sé si he llamado antes. He marcado tantos números... ¡Ah, me ha reconocido! Por la voz. Aguarde, no cuelgue. Quiero leerle algo si tiene un minuto. Un momento. **(Encuentra en la maltratada página lo que busca.)** Aquí está. Escuche: «El artículo treinta y cinco de la Constitución establece que todos los ciudadanos tienen el deber de trabajar y el derecho al trabajo, a la promoción a través del mismo y a una remuneración suficiente». A una remuneración. Si es suficiente tanto mejor. ¿No le parece? Bueno, ya sé que usted no lo ha escrito y que no se siente obligado. Pero tal vez... Oiga... ¡Oiga! ¡Mierda! ¿Por qué cuelga? Sólo quería preguntarle si sabe a quién hay que reclamar.

(ELOÍDES deja caer el auricular. Suspendido del cable, se balancea.)

Escena XIII

Desde la esquina ELOÍDES observa a un MARROQUÍ que, a escasos pasos, rebusca en una papelería. Saca botes, bolsas rotas, papeles arrugados, cartones de leche vacíos y otros objetos irreconocibles que va arrojando al suelo. Salva unas gafas rotas que se prueba una y otra vez y un cepillo desmochado que, tras superar un minucioso examen, va a parar a su bolsillo. Pero lo que pone fin a la tarea es el hallazgo de una fruta, seguramente pasada, que se va comiendo calle arriba. ELOÍDES se asegura de que nadie le mira, se arrima a la papelería, introduce la mano y va sacando lo que queda en el fondo.

Escena XIV

Interior de una iglesia mal iluminada. ELOÍDES está sentado en el extremo de un banco, encogido, con los brazos cruzados sobre el regazo. Cerca, uno que acaba sus oraciones ante la imagen del Arcángel San Miguel enciende, antes de salir, una de las muchas velas dispuestas sobre un soporte en forma de atril y deposita algunas monedas en el cepillo. Más lejos una BEATA da cuenta de sus pecados al confesor. Traza éste en el aire los signos de la absolución y la mujer se retira a cumplir la penitencia impuesta. Contempla ELOÍDES la llama temblona de la vela y se acerca para recoger en sus manos el calor que desprende. Discurre, con razón, que encendiéndolas todas calentarán más y a ello se aplica. La BEATA, distraída en sus rezos por la ocupación de ELOÍDES, regresa al confesionario y arranca al CURA de la lectura del breviario que tiene entre las manos.

CURA.- ¿Algún pecadillo olvidado?

BEATA.- Todos los he confesado, padre.

CURA.- ¿Entonces?

BEATA.- Ese hombre me da mala espina.

CURA.- ¿El que enciende las velas? Lleva horas en la iglesia.

BEATA.- Como si se escondiera de alguien.

CURA.- O huyera del frío de la calle.

BEATA.- La iglesia no es un asilo.

CURA.- Cristo, Nuestro Señor, expulsó del templo a los mercaderes, no a los pobres.

BEATA.- No habría tantos en aquella época.

CURA.- Nunca faltaron ni faltarán sobre la faz de la tierra. Convivamos con ellos. Seamos sensibles a su clamor. Tengamos piedad del débil y del menesteroso y ayudémosle a salvar su alma de la opresión y de la violencia. La pobreza no es considerada una vergüenza ante el juicio de Dios. Al contrario, son los que carecen de fortuna los que llegarán antes al reino que tenemos prometido los que le amamos. Vuelva a sus oraciones, señora, y deje de mirarle con recelo. Préstele el calor de su mirada. Así fortalece su corazón. Se lo agradecerá. **(Alzando el libro de rezos.)** Aquí está escrito que quien aparte sus ojos del desvalido tendrá muchas maldiciones.

BEATA.- Sí, padre.

(Torna el CURA a la lectura y la BEATA a su asiento. Anonadada por las palabras del sacerdote sigue, sin pestañear, los pasos que ELOÍDES va dando. Tras acariciar durante un buen rato con las palmas de las manos las velas encendidas, se dirige al altar. Abre la puertecilla dorada del sagrario y saca el copón repleto de hostias. Se introduce una en la boca. Luego otra. A continuación varias de una vez. Finalmente las engulle a puñados. Es entonces cuando el CURA escudriña desde el confesionario. Sale hecho una furia.)

CURA.- ¡Atrás, sacrílego! ¿Tienes idea de lo que estás haciendo?

ELOÍDES.- Como pan de cielo.

CURA.- ¡Pan sagrado! ¡Cuerpo de Cristo!

ELOÍDES.- Tengo hambre.

(En su camino hacía el altar, el CURA arranca la espada que enarbola el Arcángel San Miguel.)

CURA.- ¡Álzate, Santo Dios! ¡Alza tu mano! Así te respeta el miserable. Así maltrata tu cuerpo y saquea tu casa. Permite que castigue al pecador. **(A ELOÍDES.)** ¡Estás excomulgado! ¡Ya tienes cerradas las puertas del cielo! ¡Llama a las del diablo!

(ELOÍDES, **aterrorizado, suelta el copón.**)

¡Fuera, grandísimo impío!

(A punta de espada echa a ELOÍDES de la iglesia. Cuando se vuelve, su mirada inflamada se clava en la BEATA.)

CURA.- ¿Y usted, qué clase de católica es que contempla el crimen y calla?

Escena XV

Salón de autoridades de la vieja estación de Atocha. Media tarde. LUIS DE GÁLVEZ enciende la lámpara de gas cuando aún entra la luz natural. Suenan unos golpes en la puerta. Le parece extraño. Escucha. La llamada se repite otro par de veces.

LUIS.- ¿Quién anda ahí?

ELOÍDES.- Soy Eloídes.

(LUIS abre la puerta y contempla al recién llegado.)

¿Me recuerda?

LUIS.- Mi invitado de una noche.

(ELOÍDES asiente y sonrío.)

Pase, pase.

ELOÍDES.- ¿Molesto?

LUIS.- ¡Oh, no!

ELOÍDES.- Si lo prefiere, vengo otro día.

LUIS.- ¡Vamos, adelante!

(ELOÍDES, ya dentro, apoya la mochila en el cajón que sirve de mesa, la abre y saca dos botellas de vino.)

¿Qué trae ahí?

ELOÍDES.- (Entregándoselas.) Un obsequio.

LUIS.- Caramba, Rioja.

ELOÍDES.- No haga caso de la etiqueta. Es vino de misa, del que beben los curas.

LUIS.- ¿Cómo lo ha conseguido?

ELOÍDES.- Un sacristán amigo me ha pagado un favor.

LUIS.- Habrá sido grande si lo ha hecho con tan buena moneda.

ELOÍDES.- No tanto como el que a usted le debo.

LUIS.- Aquello no tuvo importancia.

ELOÍDES.- Sin conocerme de nada, se portó conmigo de puta madre.

LUIS.- ¿Tengo, pues, que aceptar el vino?

ELOÍDES.- Y aún sigo teniendo deuda con usted.

LUIS.- Se la perdono si brindamos juntos.

ELOÍDES.- Usted manda.

LUIS.- (Buscando vasos.) Este caldo no es para beberlo a morro. (Sirve.) ¡Salud!

(LUIS paladea el vino. ELOÍDES apenas se moja los labios.)

¿Cómo van sus asuntos? ¿En qué se ocupa?

ELOÍDES.- Hago de todo un poco.

LUIS.- Al final, uno acaba por abrirse camino.

(ELOÍDES no responde. Se lleva la mano a la frente y cierra los ojos como si fuera a desmayarse.)

¿Le pasa algo? Está pálido.

ELOÍDES.- ¡Oh, no! Ha sido como un mareo... Ya pasó.

(Y para demostrarlo apura el vaso. Rechaza, sin embargo, que LUIS se lo llene de nuevo.)

El vino es para usted.

LUIS.- Compartido sabe mejor. ¿Acaso tiene prisa?

(ELOÍDES hace un gesto ambiguo.)

¿Entonces...?

ELOÍDES.- No quiero entretenerle.

LUIS.- Ea, acerque el vaso. **(Se lo llena y se sirve.)** Esto es ponerse en razón. No le dejaré irse antes de que vaciemos las botellas.

ELOÍDES.- Con tanto vino en el cuerpo no podré dar un paso.

LUIS.- Si se achispa se queda aquí y en paz.

(A ELOÍDES se le hace un nudo en la garganta. Su mirada acaricia las paredes del salón. Contempla luego el vaso y se bebe el vino de un trago. A continuación, ante la sorpresa de LUIS, coge la botella y se la lleva a los labios.)

¿Qué hace, hombre de Dios?

ELOÍDES.- Pillar una borrachera que me dure todo el invierno.

LUIS.- ¿Me está pidiendo...?

ELOÍDES.- Cobijo. ¡No tengo donde caerme muerto!

LUIS.- ¿Y para decirlo tiene que mamarse?

ELOÍDES.- Sereno no me hubiera atrevido. (**ELOÍDES torna a beber.**)

LUIS.- El vino...

ELOÍDES.- Se lo he robado a un cura que me ha tratado de mala manera.

LUIS.- Un acto de venganza.

ELOÍDES.- ¡Eso!

LUIS.- Páseme la botella.

ELOÍDES.- Abra la otra. Esa se acaba. (**ELOÍDES deja la botella casi vacía en el cajón, encoge el estómago, da una arcada, corre a la puerta y apenas la traspasa vomita.**)

Escena XVI

Tienda de instrumentos musicales. Un CLIENTE examina las partituras que le muestra un sexagenario DEPENDIENTE. ELOÍDES entra después de haber permanecido un buen rato parado al otro lado del escaparate.

DEPENDIENTE.- (A **ELOÍDES.**) ¿En qué puedo atenderle?

ELOÍDES.- ¿Compraría un violín?

DEPENDIENTE.- ¿Un violín? (**Le mira, al igual que el CLIENTE, de la cabeza a los pies.**) Depende.

ELOÍDES.- (Señalando uno que hay en una vitrina.) Se parece a ese.

DEPENDIENTE.- Tendría que verlo.

ELOÍDES.- Es un buen instrumento, créame.

DEPENDIENTE.- ¿De verdad tiene usted un violín?

ELOÍDES.- Su dueño me ha encargado que lo venda.

DEPENDIENTE.- Oiga, ¿no será robado?

ELOÍDES.- ¿Por quién me toma?

DEPENDIENTE.- Es mejor que pruebe a venderlo en otro sitio.

ELOÍDES.- No se fía, ¿eh?

(ELOÍDES se despide con un corte de mangas.)

DEPENDIENTE.- (Yendo hacia él.) ¡Maleducado!

CLIENTE.- (Que no ha perdido ripio, deteniéndole.) Con esta gente hay que andarse con cuidado.

DEPENDIENTE.- ¿Ha visto? Me dio mala espina desde el primer momento.

CLIENTE.- Deje que me ocupe de él. (Desde la puerta.) No guarde las partituras. Vuelvo.

Escena XVII

(En la calle, a dos pasos de la tienda de instrumentos musicales. El CLIENTE alcanza a ELOÍDES.)

CLIENTE.- Aguarde. ¿Cuánto pide por el violín?

ELOÍDES.- Si a usted le interesa llegaremos a un acuerdo.

CLIENTE.- ¿Cuándo puedo verlo?

ELOÍDES.- Mañana.

CLIENTE.- ¿A esta misma hora?

ELOÍDES.- Bueno.

CLIENTE.- ¿Ve aquel bar? Allí le espero.

Escena XVIII

Salón de autoridades. LUIS DE GÁLVEZ duerme vestido sobre el camastro. A su lado y en el suelo hay algunas botellas vacías. ELOÍDES, agazapado junto a un colchón, le observa y escucha su respiración entrecortada. Lentamente se levanta, se acerca con paso quedo hasta casi tocarle y le contempla durante unos segundos. Con decisión que delata que cuanto desde ahora hace es premeditado, se pone el abrigo y la bufanda de LUIS DE GÁLVEZ, coge el violín, regresa a por la mochila y se dirige a la puerta. Se detiene cuando el músico tose y se agita y un sudor frío le empapa la frente cuando, ya incorporado, le llama.

LUIS.- ¿Qué hace, Eloídes? **(Recelando la verdad.)** ¡Dios santo! ¿Dónde va?

ELOÍDES.- Me largo.

LUIS.- ¿Con mis cosas?

ELOÍDES.- Me hacen más falta que a usted.

LUIS.- Espere.

ELOÍDES.- ¡No se acerque! **(Palpándose el bolsillo.)** Tengo una navaja.

LUIS.- Ha perdido el juicio. Quédese con el abrigo si es un capricho, pero con el violín no juegue. Devuélvame. ¿Qué pensaba hacer con él?

ELOÍDES.- Voy a venderlo.

LUIS.- ¿El violín? ¡Qué disparate!

ELOÍDES.- Tengo planes. Necesito dinero.

LUIS.- ¿Cree que esta es la mejor manera de conseguirlo?

ELOÍDES.- Juro que no he encontrado otra.

LUIS.- No voy a consentir que me robe como al cura. Yo no le he maltratado.

(Da unos pasos inseguros y se abalanza sobre ELOÍDES. Va el violín al suelo y le sigue, tras un breve forcejeo de ambos hombres, LUIS DE GÁLVEZ. Un hilo de sangre le asoma entre los labios.)

ELOÍDES.- Se lo advertí, borracho de mierda.

LUIS.- **(Poniéndose en pie con dificultad.)** ¿Cuánto va a pedir por él?

ELOÍDES.- Cogeré lo que me den.

LUIS.- ¿Son bastantes treinta mil pesetas?

ELOÍDES.- Quizá.

LUIS.- Yo se lo compro.

ELOÍDES.- **(Desconfiado.)** ¿Tiene ese dinero?

(LUIS DE GÁLVEZ pone una de sus maletas en la cama. La abre. Saca algunos billetes de un sobre.)

LUIS.- Treinta mil. Cójalas y márchese.

ELOÍDES.- El violín vale más.

LUIS.- ¡Fuera de una vez!

ELOÍDES.- Vale más. ¿Cuánto hay en el sobre?

(ELOÍDES le arrebató billetes y sobre. Mientras cuenta el dinero apresuradamente, LUIS DE GÁLVEZ recupera el violín y, pegado a la pared, se desliza hasta un rincón desde el que atiende horrorizado y con los ojos nublados por las lágrimas al quehacer de su huésped.)

(ELOÍDES agitando el numerario.) ¿Es todo?

LUIS.- Me deja si nada.

ELOÍDES.- Habrá que verlo.

(Hunde las manos en la maleta y echa todo fuera. Acto seguido abre la que está en el suelo y también la desbarata. El camastro no se libra del registro.)

LUIS.- Es peor que un buitre.

ELOÍDES.- Calle la lengua o no respondo.

(ELOÍDES coge la mochila y sale. LUIS DE GÁLVEZ agarra una botella vacía, la alza sobre su cabeza y con mano temblorosa hace ademán de arrojarla contra la puerta, aunque finalmente la deja caer a sus pies. Solloza débilmente y luego su rostro se va haciendo inexpresivo como el de un idiota. Así le encuentra ELOÍDES cuando al poco regresa. Y así permanece mientras este larga su perorata.)

¡Maldita sea! ¿Por qué soy como soy, y no de otra manera? Me mete en su casa, me ayuda y yo ¿qué hago? Robarle. El dinero es suyo, Luis. Se lo tomo prestado. Le juro que le devolveré hasta el último céntimo. He encontrado la forma de ganar una fortuna. **(Saca de un bolsillo una página de periódico cuidadosamente doblada. La despliega.)** Aquí tiene. **(Lee.)** A las cuatro horas escasas de abrirse al público las taquillas del Santiago Bernabéu se ponía al cartel de no hay billetes para el encuentro Madrid-Milán del próximo día uno. El precio de una tribuna rebasará en la reventa las veinte mil pesetas.

(Deja el papel a los pies de LUIS.) ¿Lo entiende? Compro entradas para el fútbol, para los toros, para el teatro, para el cine... En Madrid hay de todo. Madrid es Madrid. Es grande. Compro entradas, las que pueda, cuantas más mejor, las compro en la taquilla por quinientas, por mil, por lo que sea, y luego, cuando se agotan, se agotan enseguida, las vendo por cinco veces lo que valen. Con el primer dinero que saque le devuelvo lo suyo. Le devolveré el doble. El doble o más. Y le invitaré a comer. Comeremos como marqueses. Sopa de pescado, pata de cordero, postre, café, copa y puro. Y después, si nos apetece, echamos un buen polvo. Eso también irá por mi cuenta.

Escena XIX

Fachada del estadio. Bajo un rótulo que indica donde están las taquillas y algunos anuncios de un próximo partido de fútbol varias personas de dudoso aspecto forman parte de una cola cuyo principio se pierde a la vuelta de una esquina. ELOÍDES está en ella con la mochila entre los pies. Con la bufanda hasta los ojos, el cuello del abrigo subido y las manos hundidas en los bolsillos combate el relente de la mañana. Un hombre que al andar arrastra una pierna busca a alguien entre los que esperan. Uno de tantos golfos presentes le llama.

GOLFO.- Aquí, Renco.

(RENCO le saluda con un escueto hola y se coloca a su lado. Los que están detrás retroceden para hacerle sitio. A ELOÍDES, como no se mueve, le tienen que empujar.)

ELOÍDES.- Amigo, el final de la cola está allí.

RENCO.- Tengo pedida la vez.

ELOÍDES.- ¿A quién?

GOLFO.- A mí.

ELOÍDES.- No habías dicho nada.

GOLFO.- Pues lo digo ahora. Le guardo el sitio a este y a otros diez que todavía no han llegado.

ELOÍDES.- Estás de broma. No se queda uno toda la noche al raso para que se le cuele un regimiento.

RENCO.- Este tío empieza a tocarme los cojones. Aquí no se ha colado nadie, listo. **(Señalando a los demás.)** Si no, que lo digan estos.

(Un tipo con aspecto de estraperlista de los años cincuenta que ha llegado momentos antes escoltado por dos individuos mal encarados, se acerca. Todos, salvo ELOÍDES, saben que es EL CEJAS.)

EL CEJAS.- ¿Algún problema, Renco?

RENCO.- **(Por ELOÍDES.)** Este, que parece nuevo.

EL CEJAS.- ¿Trabajas para Ángel o para el Persianas?

ELOÍDES.- Para mí.

EL CEJAS.- ¿Cuántas entradas piensas sacar?

ELOÍDES.- Las que pueda.

EL CEJAS.- Pierdes el tiempo. Cuando llegues a la taquilla no quedará papel.

ELOÍDES.- Lo veremos.

(EL CEJAS hace una seña a los que le acompañan. Uno de ellos se sitúa en la cola delante de ELOÍDES.)

¿Tú también tienes pedida la vez?

GUARDAESPALDAS.- Yo no. Yo vine antes que tú, lo que pasa es que estaba haciendo pis.

ELOÍDES.- **(Cortando algunas risas incipientes.)** Te vas a reír de tu madre.

GUARDAESPALDAS.- **(Propinándole un puñetazo.)** ¡Repítelo, cabrón!

(EL CEJAS se interpone entre ambos.)

EL CEJAS.- (AI GUARDAESPALDAS.) Sin prisas. Déjame.

(A ELOÍDES, asiéndole por las solapas.)

¿Es que tú no meas?

(Le golpea con la rodilla entre las piernas.)

¿Es que tú no meas?!

ELOÍDES.- (Encogido por el dolor.) Sí, sí meo.

EL CEJAS.- (Arrancándole de la cola.) Pues no te aguantes, carajo. Anda, anda a mear. No te apures por las entradas. Me das el dinero y yo te las saco.

(ELOÍDES trata de impedir que EL CEJAS le registre. Su resistencia acaba cuando los GUARDAESPALDAS intervienen para sujetarle.)

ELOÍDES.- ¡No toques el dinero! ¡No es mío! ¡Es prestado! ¡Tengo que devolverlo! ¡No lo toques, maricón!

(Consumado el despojo, EL CEJAS le suelta.)

EL CEJAS.- (AI GUARDAESPALDAS.) Ahí le tienes. Dale una soba como tú sabes.

(ELOÍDES recibe, en medio de un espeso silencio, una brutal paliza.)

Sin perder los estribos, campeón. Basta ya. **(A cuantos han presenciado el suceso.)** Nadie ha visto nada. Nadie sabe nada. ¿Está claro?

(EL CEJAS y sus hombres se alejan a toda prisa. ELOÍDES queda tendido sobre la acera. Uno de los que guardan cola repara en la mochila abandonada y la coge. Los que están cerca se arremolinan y le disputan su posesión. El que se alza con ella se aparta, la abre, hace un gesto despectivo al ver lo que contiene y la arroja contra su dueño.)

Escena XX

Taberna decorada con motivos taurinos. ELOÍDES está apoyado en la barra ante un vaso de vino. El CAMARERO mira el reloj. Faltan tres minutos para las cinco.

CAMARERO.- Ahí viene El Cejas. Ya le dije que cuando hay partida es puntual.

(A la llegada del jefe de los reventas, el cuerpo de ELOÍDES se alarga y tensa. Su mano derecha se desliza hasta el fondo del bolsillo.)

EL CEJAS.- ¿Han llegado los demás?

CAMARERO.- Están dentro. Este hombre pregunta por ti.

EL CEJAS.- (A ELOÍDES.) ¿Me busca?

ELOÍDES.- (Dándole la cara.) Sí.

EL CEJAS.- (Reconociéndole.) ¿Qué quieres?

ELOÍDES.- Saber si me sacastes las entradas.

EL CEJAS.- En este lugar está reservado el derecho de admisión. Esfúmate.

ELOÍDES.- ¿Las sacastes o no?

EL CEJAS.- Lárgate antes de que te parta la boca.

ELOÍDES.- Cuando me devuelvas el dinero.

EL CEJAS.- Eres terco.

ELOÍDES.- ¡Vas a dármelo!

EL CEJAS.- ¿No has escarmentado?

(**ELOÍDES esgrime una navaja. En un abrir y cerrar de ojos la hunde hasta las cachas en el costado de EL CEJAS. El CAMARERO corre al interior en busca de ayuda. Antes de que esta llegue, ELOÍDES limpia de efectivo los bolsillos del muerto.**)

Escena XXI

LUIS DE GÁLVEZ contempla a ELOÍDES, que, convertido en un guiñapo, recorre de un extremo a otro el salón de autoridades.

ELOÍDES.- ¡¿Me ha oído?!

LUIS.- Sí.

ELOÍDES.- ¿No dice nada?

LUIS.- No merecía la pena matar a un hombre para recuperar unos miles de pesetas.

ELOÍDES.- Ya está hecho. (**Saca un puñado de billetes arrugados y sucios de sangre.**) Tenga, es suyo.

LUIS.- No lo quiero.

ELOÍDES.- Están vallando la estación. ¿Quién dice que no vayan a meterse en obras? Tendrá que marcharse.

LUIS.- Estoy preparado.

ELOÍDES.- Razón de más para que coja el dinero. ¡Le hará falta!

LUIS.- Déjeme en paz.

ELOÍDES.- Aquel día... ¡Dios! **(Golpeándose la cabeza con el puño.)** Cuando esta empieza a pensar por su cuenta, se calienta, trama cosas y yo... yo no la domino. ¡Fue un disparate!

LUIS.- ¿Y cree que con esto lo borra?

ELOÍDES.- Así pongo las cosas en su sitio. ¡He matado porque el dinero era suyo y juré devolvérselo!

LUIS.- Repita tamaña barbaridad y acabaré por sentirme su cómplice. En mala hora se cruzó conmigo. Bien me dio el pego. En cambio, qué buen olfato tuvo aquel policía. Lo dijo nada más verle: carne de presidio.

ELOÍDES.- Cuántas vueltas para evitar la cárcel y ahora me veo a sus puertas.

LUIS.- ¡Entre de una vez!

ELOÍDES.- ¡Lo estoy deseando! ¡No quiero seguir viviendo en la miseria! Ya no daré más tumbos. Voy a entregarme.

LUIS.- Hace bien.

ELOÍDES.- **(Dejando el dinero sobre el cajón.)** Allí no necesito esto. Ni el abrigo.

(ELOÍDES hace ademán de quitárselo.)

LUIS.- No me lo devuelva. Yo no volvería a tocarlo.

(ELOÍDES duda. Finalmente se lo deja puesto.)

¿A qué espera para irse?

(LUIS DE GÁLVEZ le da la espalda. ELOÍDES permanece inmóvil durante algunos instantes. Al cabo resuelve irse. Antes de hacerlo echa mano de unos cuantos billetes y los guarda precipitadamente en el bolsillo.)

Escena XXII

Sórdida habitación de un hotel ínfimo ocupada por ELOÍDES y una PROSTITUTA.

ELOÍDES.- Desnúdate.

PROSTITUTA.- ¿De verdad tienes dinero?

ELOÍDES.- Claro.

PROSTITUTA.- Si no te importa, prefiero que me pagues antes.

ELOÍDES.- Como quieras.

PROSTITUTA.- Quedamos en tres talegos.

ELOÍDES.- **(Entrega lo convenido.)** Y ahora, desnúdate.

PROSTITUTA.- **(Por el dinero.)** ¡Eh, tú! ¿Estas manchas...?

ELOÍDES.- Los billetes son de curso legal.

PROSTITUTA.- Pero están pringados de sangre.

ELOÍDES.- ¿Valen menos por eso?

PROSTITUTA.- **(Encogiéndose de hombros.)** Supongo que no.

ELOÍDES.- Entonces, ¿te quitas los trapos o qué?

(La PROSTITUTA guarda el dinero en el bolso y empieza a desvestirse.)

PROSTITUTA.- ¿Tienes cuentas con la justicia?

ELOÍDES.- He matado a uno que me robó. De aquí me voy a la comisaría.

PROSTITUTA.- Te meterán en chirona.

ELOÍDES.- Eso quiero.

PROSTITUTA.- Eres un tipo raro. Para ir a la cárcel siempre se está a tiempo.

ELOÍDES.- Cuanto antes, mejor. No soporto la calle.

PROSTITUTA.- ¿Vas a hacértelo con el abrigo encima?

ELOÍDES.- **(Al tiempo que lo arroja sobre una silla.)** No, desde luego que no.

PROSTITUTA.- Cuando lleves una temporada a la sombra, rabiarás por salir.

ELOÍDES.- Ojalá no salga nunca.

PROSTITUTA.- Si hubieras recorrido tantas cárceles como un novio que tuve no dirías eso. Sólo tenía ansias de evaporarse. Te pudres en ellas, decía. Si fueran como las suecas, ni Dios se fugaba.

ELOÍDES.- ¿Cómo son las suecas?

PROSTITUTA.- Uno que las conocía me contó que tienen baño y calefacción y que se come mejor que a la carta. Hasta pueden jugar al tenis y follar cuando les apetece. Ea, como un hotel de cuatro estrellas.

(ELOÍDES se queda pensativo, con el pantalón desabrochado. Ella, en bragas y sostén, le mira desde el borde de la cama.)

(ELOÍDES para sí, con los ojos extraviados.) Necesitas el dinero para el billete. Pones los pies en Suecia, sacas la navaja y al primero que encuentras le coses. Te cargas a varios. Cuantos más, mejor. Y luego, a esperar a que te detengan. Nadie te quita la perpetua. **(A la PROSTITUTA.)** ¿Suecia, no?

PROSTITUTA.- Estás loco.

ELOÍDES.- (Abrochándose el pantalón.) Loco por llegar allí. Dame lo que tengas.

(Trata de coger el bolso. Ella se lo impide. Forcejean.)

PROSTITUTA.- ¡Cabrón!

ELOÍDES.- ¡El dinero, furcia!

PROSTITUTA.- ¡Socorro! ¡Me mata!

(Se oyen voces fuera. ELOÍDES, asustado, escapa de vacío.)

Escena XXIII

Andén de la antigua estación de Atocha. LUIS DE GÁLVEZ está en el centro, de espaldas a las cristaleras, rodeado de escombros y suciedad. Totalmente ebrio, interpreta con el violín el «Concierto en D Menor op. 47», de Sibelius. El arco se detiene cuando ELOÍDES aparece en la puerta del vestíbulo.

LUIS.- ¿Todavía anda suelto?

ELOÍDES.- Por poco tiempo.

LUIS.- ¿Qué busca ahora?

ELOÍDES.- ¿Me haría un préstamo?

LUIS.- El dinero está donde lo dejó.

ELOÍDES.- Con la mitad quizá...

LUIS.- ¡Cójalo todo!

ELOÍDES.- ¿Y usted?

LUIS.- No me hace falta. Me quedo. Mi sitio es este. Pretenden derribar la estación. Han venido unos tipos a mirarlo todo. Traían planos. Uno dijo: «¿Es absolutamente necesario conservar la marquesina? Esa espantosa mole metálica es un estorbo». Y otro: «Al peso esos hierros valen buenos duros». ¡Imbéciles! ¿Qué saben de arte? ¿No es una obra admirable?

(ELOÍDES no le escucha porque ya ha entrado, sin aguardar a que le insista, en el salón de autoridades.)

Inundaré este noble lugar con mi mejor música. Con ella detendré a las máquinas demolidoras. Forzaré a esa peste de ignorantes a renunciar a su bárbaro proyecto. Si al cabo la estación muere, no quiero sobrevivirla.

(ELOÍDES regresa dueño, otra vez, del dinero.)

¿Por qué le cuento esto? ¿Qué le importa que echen abajo el monumento o que le dejen por los siglos de los siglos como está? ¡Qué pérdida de tiempo! ¡No me interrumpa! ¡Salga sin hacer ruido!

(LUIS DE GÁLVEZ cierra los ojos y reanuda el singular recital. ELOÍDES le mira, se encoge de hombros y hace mutis en silencio.)

Escena XXIV

Comisaría. Un POLICÍA uniformado conduce a ELOÍDES con las manos esposadas a presencia del COMISARIO.

COMISARIO.- ¿Qué me trae, agente?

POLICÍA.- A este individuo. Le detuvimos en una agencia de viajes. Pidió un billete para Estocolmo.

ELOÍDES.- Para Suecia.

COMISARIO.- Es lo mismo.

POLICÍA.- La señorita que le atendía le preguntó que si tenía pasaporte. El detenido dijo que no, que no sabía que hiciera falta, pero que le diera uno. La señorita le explicó que no era posible. Él la respondió que podía pagarlo si ese era el problema. Y para demostrarlo empezó a poner estos billetes en el mostrador. Véalos, señor comisario. Algunos tienen manchas de sangre. Entonces la señorita se puso muy nerviosa y gritó.

COMISARIO.- ¿Llegó a atacarla?

POLICÍA.- No, no señor. Los demás empleados le sujetaron enseguida y le retuvieron hasta que acudimos.

COMISARIO.- ¿Ofreció resistencia?

POLICÍA.- Ninguna. Y eso que iba armado. **(Poniendo junto al dinero un pequeño envoltorio que deshace con sumo cuidado.)** Llevaba esta navaja en el bolsillo.

(El COMISARIO la examina sin tocarla.)

COMISARIO.- También tiene restos de sangre. **(A ELOÍDES.)** ¿Qué puedes decir?

ELOÍDES.- Es sangre de uno que llamaban el Cejas.

COMISARIO.- **(Incrédulo.)** ¿Pretendes decir que le mataste tú?

ELOÍDES.- Junto a la Puerta del Sol. En un bar. ¿Le cuento cómo fue?

COMISARIO.- Cuando te lo pregunte.

ELOÍDES.- ¿No me cree?

COMISARIO.- Ahora, sí.

ELOÍDES.- Hace un año o más estuve a punto de quemar vivo a mi patrón por una putada que me hizo.

COMISARIO.- ¿Además?

ELOÍDES.- Seguramente me buscan por aquello.

COMISARIO.- Vas a necesitar un buen abogado.

ELOÍDES.- No quiero que nadie me defienda. Las cárceles de aquí no son tan lujosas como las de Suecia, pero tampoco están mal.

Escena XXV

Sala del juzgado. ELOÍDES ocupa el banquillo de los acusados. Un ABOGADO de oficio se dirige al JUEZ.

ABOGADO.- Señoría, por extraño que parezca, el único deseo de mi defendido es pasar el resto de sus días entre rejas. ¿Cómo, si no, se explica que rechace mi defensa o la de cualquier otro letrado o que se atribuya la autoría de cuantas muertes violentas se han producido recientemente? ¿No es sorprendente que incluso se autoinculpe de la de ese violinista llamado Luis de Gálvez que apareció ahorcado en la antigua estación de Atocha, cuando los informes forenses han establecido sin lugar a dudas que se trató de un suicidio y que el mismo se produjo con posterioridad a la detención de mi defendido? Y no se diga que cuando acudió a la agencia de viajes con el propósito de trasladarse a Suecia pretendía sustraerse a la acción de la Justicia. Su intención, confesada una de las escasas veces en que ha roto su mutismo, era asesinar a ciudadanos de aquella nacionalidad. Pronto sabrán por qué. Su fracaso, si así podemos llamarlo, no le hizo torcer el rumbo que se había trazado y que conduce, repito, a la cárcel. Cabría preguntarse si ese afán del acusado lo ha provocado un sentimiento de culpabilidad desmedido que le hace reclamar para sí una condena más severa que la establecida por las leyes. Cabe también que su actitud sea la de aquellos que, bajo el peso del remordimiento, buscan refugio en la paz de los conventos. Pero yo me inclino a pensar que su objetivo es tener un techo bajo el que cobijarse.

De ser así resulta comprensible su disparatado plan para delinquir en Suecia, pues siendo juzgado y condenado allí dispondría de una celda, digámoslo con amargura, más confortable que las habituales en nuestros centros penitenciarios. Señorita: para este hombre la cárcel no es un castigo. Si en lugar de un vagabundo fuera un poeta de la talla de Shakespeare a nadie le extrañaría que a su regreso a prisión con la condena asegurada exclamará: «aquí se está mejor que a la intemperie. Vuelvo a sentirme bien. Lloro de alegría al pisar mi nueva casa. Casa querida, te saludo llorando y riendo y te acaricio con mis manos. ¡Casa mía! ¡Por Dios, que es una rica y bella vivienda! **(Tras una meditada pausa.)** Quien tiene una casa para meter dentro la cabeza, posee un buen yelmo». Lear, acto tercero, segunda escena. Señorita, por todo lo expuesto solicito para mi defendido la libre absolución.

(ELOÍDES se agita inquieto.)

En ella está su castigo. Si mi petición no fuera atendida, téngase en cuenta a la hora de establecer la sentencia la naturaleza de los delitos atribuidos al acusado: un viejo conflicto laboral cuyas consecuencias están olvidadas y la muerte, en circunstancias poco claras, de un oscuro personaje de los bajos fondos.

Escena XXVI

Sala de visitas de la cárcel. El ABOGADO de oficio y ELOÍDES ocupan sendas sillas separadas por una mesa.

ABOGADO.- Ya hay sentencia, Eloídes. ¿No quiere conocerla?

ELOÍDES.- Si no es cadena perpetua...

ABOGADO.- Seis años. ¡Enhorabuena!

ELOÍDES.- Así, pues, seis años.

ABOGADO.- Apelaremos. Podemos rebajarla a cuatro.

ELOÍDES.- Ni se le ocurra.

ABOGADO.- Mi obligación...

ELOÍDES.- Su obligación es hacer lo que yo le diga.

ABOGADO.- Mi trabajo ha merecido elogios. Estoy orgulloso de lo conseguido.

ELOÍDES.- ¿Cuántos años me hubieran caído si usted no hubiera estado de por medio?

ABOGADO.- **(Rotundo.)** Por lo menos quince.

ELOÍDES.- Me debe nueve.

ABOGADO.- Está de broma.

ELOÍDES.- Hablo en serio. Quiero que me los devuelva.

ABOGADO.- ¿Cómo pretende...?

ELOÍDES.- ¿En cuánto tasan los jueces la vida de un abogado?

ABOGADO.- Le aseguro que no le comprendo.

ELOÍDES.- Da igual. No tardará en saberlo.

(ELOÍDES se levanta, empuja la mesa, agarra al ABOGADO por el cuello y aprieta hasta ahogarle. Una sonrisa de satisfacción le invade el rostro. Luego se dirige a la puerta y la golpea con los nudillos.)

Abran. Hay un hombre muerto.

Escena XXVII

Celda. ELOÍDES habla a ESTRELLA, el recluso con quien la comparte. Este, tendido boca arriba en su litera, le escucha sin demasiado interés.

ELOÍDES.- Me gustaría escribir a mis padres una carta que dijera más o menos esto: no os creáis que porque no he dado señales de vida en tanto tiempo os tenía olvidados. Si me marché tan en silencio fue por no haceros sufrir. Había perdido el trabajo y no tenía forma de encontrar otro. También perdí a Lola y a los niños. Eso, supongo, habréis acabado por saberlo. Si ella os ha dicho que les abandoné, como creo, miente. Me cerró la puerta de casa y luego se la abrió a mi amigo Román. Vosotros sabréis si aún sigue con él o se ha buscado otro apañío. Yo no me he preocupado de averiguarlo, ni pienso hacerlo. Lo siento por los niños, porque a su lado poco bueno estarán aprendiendo y habrá que ver qué les contará de mí para que me olviden antes. De vuestra casa me vine a Madrid con lo puesto, que era bien poco. Ahora puedo deciros que he pasado muchas calamidades y que por esa razón he guardado un silencio tan largo. Lo rompo porque al fin he encontrado algo. He metido cabeza en una gran empresa. Para que os hagáis idea de su importancia os diré que tiene talleres por toda España y que para conseguir un puesto hay que aprobar un examen. Yo lo pasé a la primera. Respondí bien a las preguntas que me hicieron los del tribunal y saqué en limpio un contrato de trabajo para seis años. Pudieron ser más de no haberme perjudicado uno que se empeñó en ayudarme sin que yo se lo pidiera. Como el trabajo me gusta y gano lo suficiente para pagarme la cama y la comida y sé que si caigo enfermo estoy atendido, ya he pedido que me examinen otra vez. Me han dicho que lo harán. Si como espero me ofrecen ampliar el contrato otros quince o veinte años aceptaré sin pensármelo dos veces porque entonces estaré seguro de haber resuelto mi vida. Me gustaría pasar las Navidades con vosotros o por lo menos unos días. Este año no podrá ser, ni al que viene. Todavía, por ser nuevo, no tengo derecho a vacaciones. Mientras tanto iréis sabiendo de mí... **(Se queda pensativo. Tras un largo silencio.)** Puede que me decida a escribirles una carta así. ¿Qué te parece, Estrella?

ESTRELLA.- **(Medio dormido.)** ¿Eh? Se alegrarán.

ELOÍDES.- ¿Verdad que sí?

Escena XXVIII

La misma celda, a media noche. ESTRELLA está pegado a la puerta. ELOÍDES contempla el cielo oscuro a través del ventanuco enrejado.

ESTRELLA.- Nada, no se oye nada. Mientras los de la cuarta no organicen algo de bronca, el Caniles y sus amigos no darán la cara. ¿Tú oyes algo?

ELOÍDES.- No, yo tampoco.

ESTRELLA.- ¡No puede fallar! Si de esta no me doy el zuri me cuelgo de los barrotes. Todo está a punto, joder. Hemos estudiado el terreno palmo a palmo. Un plan fetén. Hasta el recuento de mañana no nos echarán de menos. Los pavos han volado, dirá el hijoputa de doña Benisa. Y el baranda le meterá un paquete de cojones.

(Un ruido sordo y continuado producido por el golpear de objetos metálicos llega de algún módulo lejano. Se añaden las voces de los amotinados y al poco las de los funcionarios que acuden con paso apresurado y haciendo sonar los silbatos al lugar donde se han desatado los incidentes. Los dos hombres escuchan en silencio. ESTRELLA empieza a inquietarse.)

ESTRELLA.- ¿No te parece que tardan?

ELOÍDES.- Estás nervioso.

ESTRELLA.- Tengo como dinamita dentro.

ELOÍDES.- Aguanta.

ESTRELLA.- Algún chivato ha ido con el cuento. Estoy seguro.

ELOÍDES.- ¿No puede ser otra cosa?

ESTRELLA.- ¿Cómo qué?

ELOÍDES.- Que les haya entrado susto.

ESTRELLA.- En este negocio socios con cincuenta años de talego por delante son una garantía.

ELOÍDES.- Les tienes confianza.

ESTRELLA.- A ojos cerrados.

(Callan durante unos segundos. La revuelta no remite.)

ELOÍDES.- ¿Lo habías intentado antes?

ESTRELLA.- Cuatro veces.

ELOÍDES.- ¿Y...?

ESTRELLA.- Sólo en una puse los pies en la calle. En media hora me cazaron.

ELOÍDES.- ¿Merece la pena insistir?

ESTRELLA.- ¿Qué otra cosa se puede hacer? Aquí se pudre uno.

ELOÍDES.- ¿Dónde no?

ESTRELLA.- ¡Fuera se respira! ¡Aire! ¡Aire!

(ESTRELLA se sienta al borde de su litera y se cubre el rostro con las manos. Casi inmediatamente se pone en pie, aparta a ELOÍDES de un manotazo y va de un lado a otro de la celda dando grandes zancadas. Golpea las paredes con los puños.)

¿Tú sabes cuánto tiempo hace que no me bebo un whisky?

(Fuera alguien manipula en la cerradura. ELOÍDES y ESTRELLA se miran.)

¿Oyes?

ELOÍDES.- Están abriendo.

ESTRELLA.- (Pasando de la cólera al júbilo en un santiamén.) ¡Son ellos! Gente legal, coño. ¿No te lo decía? Para el Caniles no hay barreras. Se limpia el culo con las chapas de los boquis.

(En el umbral de la puerta aparece EL CANILES.)

EL CANILES.- ¡Fuera! ¡Cagando leches!

ESTRELLA.- Ya tardabas, maricón.

EL CANILES.- (Olvidando las prisas.) Don Ignacio se resistía a darnos las llaves. Le he tenido que poner el pincho en la barriga y decirle: «Tengo una duda. Lo que más me gusta a la hora de rajar a un tío es el glu-glu de la sangre. ¿Usted cree que eso es bueno o malo?». **(Agitando un manajo de llaves.)** Y el hombre, cagado de miedo, ha soltado todos los hierros que llevaba encima.

ESTRELLA.- ¡Lo estoy viendo!

EL CANILES.- Andando antes de que den el queo.

ESTRELLA.- A correr alcantarillas, Eloídes.

(EL CANILES y ESTRELLA salen a toda prisa. ELOÍDES se queda inmóvil en el centro de la celda. ESTRELLA vuelve sobre sus pasos.)

¿Qué haces ahí parado?

ELOÍDES.- ¡Me quedo!

ESTRELLA.- Estás majara.

ELOÍDES.- Nunca dije que os acompañaría. Me he ganado a pulso el derecho a vivir aquí.

ESTRELLA.- Es una pocilga. Huele a pedo.

ELOÍDES.- ¡En la cárcel soy alguien! ¡Fuera no era nada!

ESTRELLA.- Podemos hacer cosas juntos.

ELOÍDES.- Búscate otro colega.

VOZ DEL CANILES.- ¡Estrella! ¿Pasa algo?

ESTRELLA.- ¡Ya voy! (A ELOÍDES.) Podrás visitar a tus padres.

ELOÍDES.- ¡¿No lo entiendes?! ¡Me da miedo la calle!

(ESTRELLA, antes de irse, escupe en el suelo. ELOÍDES clava la mirada en la puerta abierta. Llega, sobre el alboroto del motín, el chirrido de rejas que se abren. Lentamente retrocede hacia la pared opuesta. Apoya la espalda en ella y se va deslizando hasta quedar encogido y tembloroso como un conejo asustado.)